

EL LEGITIMISTA

PERIÓDICO CATÓLICO-MONÁRQUICO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En toda España TRES meses. 2 pesetas
Extranjero.—Unión Postal UN año. 14 .
Ultramar y demás naciones, UN año. 12 .
Números sueltos. 10 céntos.

PAGOS ANTICIPADOS.

«El Catolicismo y el Liberalismo son sistemas de doctrinas y de procedimientos esencialmente opuestos; forzoso se hace, pues, reconocer, aunque cueste y amargue, que no se es íntegramente católico sino en cuanto se es íntegramente antiliberal.»—*Sardá y Salvany*.—EL LIBERALISMO ES PECADO.—Aprobado por la S. C. del Índice.

CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

Se suscribe: En la administración, Escuelas, 8, Imprenta de «El Progreso Industrial»
En Madrid, en la librería de D. Benito Perdiguero, San Martín, 8.
Anuncios: Por una vez 10 céntimos línea: por varias veces reclamos y comunicados á precios convencionales.
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES.

AZUFRE FLOR

para las viñas.

De venta en la Droguería de Miguel A. Cabezas, Escuelas, 2.

SECCIÓN RELIGIOSA

SANTORAL.

Sáb. 25.—S. Marcos, evg., S. Aliano, S. Esteban, obispo, y San Hermógenes.—*Letanias*.—*Indulgencia plenaria*.

Dom. 26.—Ntra. Sra. de la Cab., y Sts. Marcelino y Cleto, mártires.

Lun. 27.—Sto. Toribio de Mogrobojo, S. Pedro Armengol, abogado contra temporales.

Mar. 28.—San Esteban, San Prudencio, San Vidal, mártir y San Patricio.

Miér. 29.—S. Pedro de Verona, S. Roberto, y S. Paulino, obispo.

Juev. 30.—Ntra. Sra. del Villar, Sta. Catalina de Sena, virgen San Amador, Sta. Sofia y S. Lorenzo, presbítero.

MAYO.—TIENE 31 DIAS

Esta Consagrado á María Madre del Amor Hermoso

Vier. 1.—Stos. Felipe y Santiago, apóstol, S. Segismundo, rey y S. Orencio, martir.

Valdepeñas 25 de Abril de 1891.

LA SALUD DEL PUEBLO.

Jesucristo es la salud del pueblo; la virtud de su palabra es la única medicina capaz de ablandar el corazón de los ricos, remediar las necesidades de los pobres y devolver al mundo esa santa paz, sin la cual ninguna nación puede vivir, aunque caiga el oro por la chimenea y le llueva la *ilustración* á chaparrones.

Abramos la Historia y demostremos esta gran verdad.

Cuando Jesucristo vino al mundo, el pobre era un ser despreciable explotado por la ambición de los poderosos: era un esclavo.

En los últimos tiempos de la República romana, el pueblo llegó á estar completamente perdido; las fortunas eran tan desiguales, que apenas en toda Roma había dos mil propietarios; pero éstos eran tan ricos que poseían medio mundo, y tan avaros y corrompidos que todo lo devastaban.

Para sostener su lujo arruinaban pueblos enteros.

Salustio decía:

«El procónsul sale pobre para la rica provincia, y vuelve rico, dejando pobre á la provincia.»

El honrado Ciceron en un solo año se trajo de Sicilia cerca de cuatro millones de reales, y era de los más honrados.

Al caer la República eran tantos los miserables que había en Roma, que de un millón doscientos mil habitantes libres, la mitad vivían de limosna y de los donativos del Estado, y la mitad de la otra mitad vivían enteramente á cargo de la nación.

En cambio el lujo de los próceres llegaba hasta la locura. No sabiendo en qué gastar el dinero para satisfacer la vanidad, construían estanques de peces en los terrados de las casas y plantaban jardines en lo alto de las torres.

Por un capricho mandó Caligula descuajar una montaña entera.

Este mismo Emperador, que era tan avaro como caprichoso, se divertía, entre otras cosas, en revolcarse en cueros sobre montones de oro.

En cuanto á las glotonerías de aquella gente no hay que hablar. Para comer los pescados de mar completamente frescos, hacían que se los presentasen vivos en la mesa, y se recreaban en observar cómo el pez moribundo iba cambiando de color á medida que perdía la vida. Otras veces disolvían perlas de gran valor en las copas de vino, para consumir de un sólo trago la fortuna de cien familias.

Estas y otras iniquidades dieron lugar á guerras crueles: las llamadas guerras sociales. En esas guerras salvajes, los pobres degollaban á los ricos cuando podían, y los ricos degollaban después á los pobres para pagarles en la misma moneda.

Cuando Mario, jefe de los socialistas, entró en Roma al frente de sus hordas, la carnicería duro cinco días dentro de la ciudad; en cambio Sila, general de los ricos, degolló después de un sólo tirón ciento diez mil perdularios.

¡Qué cuadro!

Allí estaba representada la civilización pagana (la civilización *liberal*, que diríamos ahora), aquellos eran sus frutos.

¿Y cómo podían ser otros? Entonces no se pensaba en la doctrina de la Cruz: no se conocía la idea del sacrificio; la abnegación era una necesidad, la pobreza una calamidad. En aquella sociedad nadie se proponía otro fin que el de hacerse rico y gozar, porque nadie apenas creía que hubiese más vida que la presente. ¿Qué entraño es que estas ideas apagasen poco á poco las de justicia y de benevolencia, despertasen el egoísmo y el pueblo sufriese las consecuencias?

Tal vez digan que entre aquellas gentes había grandes sabios, grandes filósofos, grandes poetas, grandes oradores...

Es cierto; pero eso mismo demuestra lo que aprovecha la filosofía, la sabiduría, la poesía y la charlatanería cuando no hay fe, para el efecto práctico de dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento, y vestir al desnudo.

Aquellas gentes, con toda su filosofía, en último resultado venían todos á parar á la misma máxima: «*Comamos y bebamos, que mañana moriremos*»; con la cual ya podrá calcularse lo que sería su caridad.

Platón (el llamado *divino Platón* por sus sublimes ideas) opinaba que las autoridades debían expulsar de la nación á los pobres «para limpiar el suelo patrio de esta clase de bestias.» (Leyes cap. ix.)

El mismo Platón en su *Republica Modelo*, proponía que á los pobres, enfermos, tullidos, etcétera, se les dejara abandonados en el templo de Esculapio para que se muriesen de hambre.

«Si un pobre cae enfermo, dice, es preciso dejarle morir; de todos modos, el médico no debe tomarse la menor molestia para curarle.» (De Republ., m.)

Plutarco decía: «Hace una mala obra con el mendigo el que le da de comer ó de beber; por-

que además de perder lo que dá, su limosna contribuye á prolongar las angustias de tan mísera vida.» (Turin act., II sec. 2.)

Cicerón decía que es una tontería indigna del hombre dejarse llevar del efecto de la compasión (Pro Muren., cxxxix y xxx), y que por eso convenían las luchas del Circo para endurecer el corazón.

Virgilio en sus *Georgias* enumera, entre otras de las ventajas de la vida campestre, verse libre de la incomoda presencia de los pobres. (Georg., II, 499.)

Aristóteles en su *Política* (II I; VI. 2; I, 3) emitía estas ideas respecto á los trabajadores:

«Los trabajadores no merecen el nombre de ciudadanos, «échase de menos en ellos todo concepto noble;» «no existe diferencia alguna entre los esclavos y esa clase de hombres que la naturaleza ha creado para que con su cuerpo trabajen para nosotros.»

Estas eran las ideas que profesaban aquellos *grandes republicos*, aquellos *grandes sabios*, aquellos *grandes hombres*: ¿qué tal andarían los pequeños?

No es extraño que el pobre llegase á ser tan despreciado, que hubiese un Lucio Murena que mantuviera sus anguilas con carne de esclavos arrojados vivos á los estanques.

Pero vino Jesucristo, y de tal modo cambió la suerte del pobre, que llegó á ser respetado como la misma imagen de Dios. Sus máximas sobre la riqueza y la pobreza transformaron las ideas de los hombres; al cambio de ideas sucedió el cambio de costumbres; al cambio de costumbres el de las leyes; y la sociedad se transformó por completo.

Y es que las palabras del Divino Redentor acerca de la riqueza y la pobreza eran sublimes y decisivas.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.»

«Venid á mi todos los que estáis cansados, que yo os aliviaré.»

«Al modo que mi Padre me amó, así os he amado. Perseverad en mi amor. Amáos unos á otros.»

«Lo que hiciésteis con el más humilde de mis hermanos lo hacéis conmigo.»

«Dad y se os dará.»

«El que diese de beber á uno de esos pequeños un vaso de agua fría... en verdad os digo que no la perderá.»

«No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra donde orín y polilla los consumen y en donde los ladrones los desentierran y roban.»

«Ateorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consumen orín ni polilla, ni los ladrones los desentierran ni roban.»

«¡Ay de vosotros los ricos porque tenéis vuestro consuelo!»

«¡Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre!»

«¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!»

«¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!»

«Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reino de Dios.»